

www.shepherdserve.org

Eres bienvenido a copiar, imprimir, distribuir o transmitir estos documentos de cualquier forma, mientras que los documentos no sean para la venta, no sean alterados y mantengan su significado original *completo*. © 2005 por David Servant

El Ministro Que Hace Discípulos

Por David Servant

Capítulo Catorce Fundamentos de la Fe

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe y que recompensa a los que lo buscan” (Hebreos 11:6).

Como creyentes, nuestra fe está fundada en la existencia de Dios y en la convicción de que Él da un trato diferente a la gente que le busca. Tan pronto como nosotros creemos *verdaderamente* estas dos cosas, empezamos a complacer a Dios, porque de inmediato comenzamos a buscarle. El buscar a Dios implica (1) aprender su voluntad, (2) obedecerle y (3) confiar en sus promesas. Estas tres nociones deben ser parte de nuestro diario caminar.

Este capítulo se centra en nuestro camino de fe. Desafortunadamente, muchos han distorsionado la fe hasta llegar a extremos no bíblicos, particularmente en materia de prosperidad material. Por esta razón, algunos no quieren hablar acerca de este tema. Pero, el hecho de que algunos se ahoguen en un río, no significa que no debamos tomar agua. Podemos mantener un balance de acuerdo a la Escritura. La Biblia contiene lo suficiente para enseñar sobre este tema y Dios quiere que ejercitemos nuestra fe en sus muchas promesas.

Jesús fue un ejemplo de alguien que tuvo fe en Dios y esperaba que sus discípulos siguieran su ejemplo. De la misma manera, el ministro formador de discípulos debe dar un ejemplo de su confianza en Dios y debe enseñar a sus discípulos a creer en las promesas de Dios. Esto es de vital importancia. No sólo es imposible complacer a Dios sin fe, sino que, sin fe, es imposible recibir la respuesta a nuestras oraciones (ver Mateo 21:22; Santiago 1:5-8). La Escritura claramente nos enseña que los que dudan no reciben las bendiciones que sí reciben los creyentes, Jesús dijo, “Al que cree todo le es posible” (Marcos 9:23).

La Definición de Fe

La definición bíblica de fe se encuentra en Hebreos 11:1:

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”.

De esta definición aprendemos muchas características de la fe. Primero, el que tiene fe posee *seguridad* y *confianza*. Esto es muy diferente de la esperanza, porque la fe es “La certeza de lo que se *espera*”. La esperanza siempre deja espacio para la duda. La esperanza dice “quizás”. Por ejemplo, yo podría decir, “espero que llueva hoy para que mi jardín reciba el agua”. Yo deseo que llueva, pero no estoy seguro si lloverá. La fe, por otro lado, siempre será “la certeza de lo que se espera”.

Lo que la gente llama *fe* o *creencia*, con frecuencia no es la definición de fe bíblica. Por ejemplo, pueden mirar las nubes oscuras en el cielo y dicen, “creo que va a llover”, sin embargo, no hay seguridad en ellos de que lloverá, sólo piensan en una buena *posibilidad* de lluvia. Esa no es la fe bíblica. No hay elemento de duda en el concepto de la fe bíblica. No existe espacio para otra cosa que no sea lo que Dios ha prometido.

La Fe es la Convicción de lo que no se Ve

La definición que se encuentra en Hebreos 11:1 también dice que la fe es “la convicción de lo que no se ve”. Por esto, cuando vemos algo con nuestros ojos físicos o lo percibimos con nuestros cinco sentidos, no se requiere de fe.

Suponga que alguien le dice a usted ahora, “por alguna razón que no puedo explicar, yo tengo fe de que hay un libro en tus manos”. Por supuesto, que tú podrías pensar que hay algo malo con esta persona. Usted podría decirle, “tú no tienes que creer que tengo un libro en mis manos, porque indudablemente puedes *ver* que tengo un libro”.

La fe es de una dimensión de lo que no se ve. Por ejemplo, mientras escribo estas palabras, yo creo que hay un ángel cerca de mí. De hecho, estoy seguro de eso. ¿Cómo puedo estar seguro? ¿He visto un ángel? No. ¿He sentido o escuchado a un ángel volar cerca de mí? No. Si hubiera sentido o visto o escuchado a un ángel, entonces no tendría que creer que había un ángel cerca de mí, yo lo *sabría*.

Así que, ¿qué me hace estar tan seguro de la presencia de un ángel? Mi seguridad proviene de una promesa de Dios. En Salmos 34:7, Él promete, “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen y los defiende”. No tengo otra evidencia de lo que creo, solamente la Palabra de Dios. Esta es la verdad bíblica, “la convicción de lo que no se ve”. La gente mundana con frecuencia usa la expresión “ver para creer”. Pero en el Reino de Dios lo opuesto es la verdad. “Creer es ver”.

Cuando ejercitamos la fe en una de las promesas de Dios, con frecuencia enfrentamos circunstancias que nos pueden poner a dudar o atravesamos por un periodo de tiempo cuando parece que Dios no está cumpliendo sus promesas, porque las circunstancias no cambian. En estos casos, simplemente tenemos que resistir a la duda, perseverar en la fe, y estar convencidos en nuestros corazones de que Dios siempre cumple su Palabra. Es imposible que Él mienta (ver Tito 1:2).

¿Cómo se Adquiere la Fe?

Debido a que la fe se basa únicamente en las promesas de Dios, sólo un recurso existe para nuestra fe bíblica: La Palabra de Dios. Romanos 10:17 dice, “Así que *la fe es*

por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17, énfasis agregado). La Palabra de Dios revela su voluntad. Y sólo cuando conocemos la voluntad de Dios, podemos creer en ella.

Así que, si tú quieres tener fe, debes escuchar (o leer) las promesas de Dios. La fe no viene cuando oras por ella, cuando ayunas por ella, o cuando alguien impone manos sobre ti para que la recibas. Sólo viene por escuchar la Palabra de Dios, y una vez que la has escuchado, aún debes tomar la decisión de creer en ella.

Más allá de adquirir la fe, nuestra fe también se puede fortalecer. La Biblia menciona varios niveles de fe, desde poca fe hasta la fe que mueve montañas. La fe crece mientras la alimentamos y la ejercitamos, igual que un músculo humano. Debemos continuar alimentando nuestra fe meditando en la Palabra de Dios. La podemos ejercitar al actuar y reaccionar a todo lo que se basa en la Palabra de Dios. Esto incluye esos momentos cuando tenemos problemas, preocupaciones y dificultades. Dios no quiere que sus hijos se preocupen de nada, sino que confíen en Él en toda situación (ver Mateo 6:25-34; Filipenses 4:6-8; 1 Pedro 5:7). El negarse a la preocupación es sólo una forma en que podemos ejercitar nuestra fe.

Si verdaderamente creemos en lo que Dios dice, actuaremos y hablaremos como si esto fuera verdad. Si crees que Jesús es el hijo de Dios, actuarás y hablarás como una persona que cree en esto. Si crees que Dios suplirá todas tus necesidades, hablarás y actuarás como tal. Si crees que Dios te quiere con salud, actuarás y hablarás como tal. La Biblia está llena de ejemplos de personas que, en medio de circunstancias adversas, actuaron por fe y recibieron milagros como resultado. Después consideraremos algunos ejemplos en este capítulo y en otro capítulo acerca de la sanidad divina. (Para otros buenos ejemplos ver 2 Reyes 4:1-7; Marcos 5:25-34; Lucas 19:1-10; y Hechos 14:7-10).

La fe Viene del Corazón

La fe bíblica no opera en nuestras mentes, sino en nuestros corazones. Pablo escribió, “Porque con el corazón se cree” (Romanos 10:10a). Jesús dijo,

“Cualquiera que diga a este monte: “quítate y arrójate al mar”, y no duda *en su corazón*, sino que cree que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho” (Marcos 11:23, énfasis agregado).

Es muy posible tener dudas en nuestra mente y aun así tener fe en nuestro corazón y recibir lo que Dios ha prometido. De hecho, cuando nos esforzamos por creer las promesas de Dios, nuestras mentes, influenciadas por nuestros sentidos físicos y por las mentiras de Satanás, serán atacadas por dudas. Durante esos momentos necesitamos sustituir los pensamientos de duda por las promesas de Dios y aferrarnos a la fe sin desfallecer.

Errores de Fe Comunes

Algunas veces cuando intentamos ejercitar nuestra fe en Dios, fallamos en recibir lo que deseamos porque no estamos operando de acuerdo con la Palabra de Dios. Uno de

los errores más comunes es cuando tratamos de creer en algo que Dios no nos ha prometido.

Por ejemplo, es bíblico para los matrimonios el confiar en Dios para recibir hijos, porque la Palabra de Dios contiene una promesa en la que se pueden basar. Yo he conocido matrimonios a los cuales sus doctores les han dicho que nunca tendrían hijos. Sin embargo, ellos escogieron creerle a Dios, aferrándose a las dos promesas que aparecen a continuación, y hoy ellos son padres de hijos saludables:

“Pero serviréis a Jehová, vuestro Dios, y Él bendecirá tu pan y tus aguas. Yo apartaré de ti toda enfermedad. En tu tierra no habrá mujer que aborte ni que sea estéril y alargaré el número de tus días” (Éxodo 23:25-26).

“Bendito serás más que todos los pueblos; no habrá en ti hombre ni mujer estéril” (Deuteronomio 7:14)

¡Estas promesas deben motivar a las parejas sin hijos! Sin embargo, el intentar creer específicamente que recibirán un niño o una niña, es otra historia. En la Biblia no hay promesas específicas que nos digan que podemos escoger el sexo de nuestros futuros hijos. Debemos mantenernos en los límites de la Escritura para que nuestra fe sea efectiva. Sólo podemos confiar en lo que Dios ha prometido.

Consideremos una promesa de la Palabra de Dios y luego determinemos lo que podemos creer basados en esta promesa:

“El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:16).

Basados en esta escritura, con seguridad podemos confiar en que Jesús va a regresar.

Sin embargo, ¿deberíamos orar creyendo que Jesús va a regresar mañana? No, porque ni en esta escritura ni en ninguna otra escritura está esa promesa. De hecho, Jesús dijo que nadie sabe el día ni la hora de su retorno.

Por supuesto que nosotros podemos orar *con la esperanza* de que Jesús regrese mañana, pero esto no nos garantiza que ocurra. Cuando oramos en fe, tenemos la seguridad de que estamos orando para que las cosas ocurran, porque tenemos la promesa de Dios sobre eso.

Basados en la misma escritura, podemos confiar en que los cuerpos de aquellos creyentes muertos serán resucitados al regreso de Jesús. Pero ¿podemos tener la fe de que aquellos que estén vivos a la hora del regreso de Jesús recibirán cuerpos resucitados al mismo momento en que los “muertos en Cristo” lo reciban o tal vez antes de que ellos lo reciban? No, porque esta escritura nos promete lo contrario: “los muertos en Cristo resucitarán primero”. De hecho, el verso siguiente nos dice, “los que vivimos.... seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes” (1 Tesalonicenses 4:17). Por esto, no existe la posibilidad de que los “muertos en Cristo” no reciban sus cuerpos resucitados primero cuando Jesús regrese. La Palabra de Dios promete exactamente eso.

Si vamos a confiar en Dios para algo, tenemos que tener la seguridad de que es la voluntad de Dios el recibir lo que deseamos. La voluntad de Dios sólo puede determinarse con seguridad al examinar las promesas que están en la Biblia.

La fe funciona de la misma manera en el reino natural. Sería engañoso para ti el creer que yo visitaría tu casa mañana a medio día, a menos que, con anterioridad, te hubiera prometido que iba a estar ahí.

La fe, sin una promesa en la cual nos podamos afirmar, no es fe realmente, es un engaño. Así que antes de que le pidas a Dios cualquier cosa, primero pregúntate a ti mismo, ¿Cuál escritura en la Biblia promete lo que yo deseo? A menos que encuentres una promesa, no tendrás ningún fundamento para tu fe.

Un Segundo Error Común

Muchos cristianos intentan confiar en que las promesas de Dios se cumplan en sus vidas, sin cumplir las condiciones que acompañan a esas promesas. Por ejemplo, yo he escuchado algo que los cristianos dicen acerca del salmo 37: “La Biblia dice que Dios me dará los deseos de mi corazón. Y eso es lo que estoy creyendo”.

Sin embargo, la Biblia no dice solamente que Dios nos dará los deseos de nuestro corazón. Aquí está lo que verdaderamente dice:

“No te impacientes a causa de los malignos ni tengas envidia de los malhechores, porque como la hierba serán pronto cortados y como la hierba verde se secarán. Confía en Jehová y haz el bien; habitarás en la tierra y te apacientarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová y Él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, confía en Él y Él hará” (Salmos 37:1-5).

Muchas condiciones se deben cumplir si queremos creer que Dios nos va a conceder las peticiones de nuestro corazón. De hecho, encontré por lo menos ocho condiciones en estos versos. A menos que cumplamos con esas condiciones, no tendremos el derecho a recibir la promesa de bendición. Nuestra fe no tendría fundamento.

Los cristianos también suelen citar la promesa encontrada en Filipenses 4:19: “Dios suplirá todas mis necesidades de acuerdo a sus riquezas en gloria”. Sin embargo, ¿hay condiciones para esta promesa? Definitivamente, Sí.

Si examinamos el contexto de esta promesa, podrás descubrir que esta no es una promesa dada a todos los cristianos. Al contrario, es una promesa dada a los cristianos que son dadivosos. Pablo sabía que Dios suplía todas las necesidades de los cristianos filipenses porque ellos le habían enviado una ofrenda. Debido a que buscaban primero el Reino de Dios como Jesús lo ordenó, Dios iba a suplir todas sus necesidades, como Jesús lo prometió (ver Mateo 6:33). Muchas de las promesas en la Biblia, relacionadas con el hecho de que Dios suple todas nuestras necesidades materiales, están condicionadas a que nosotros mismos seamos dadivosos.

Realmente no tenemos derecho a pensar que podemos confiar en que Dios supla nuestras necesidades si no estamos obedeciendo sus mandamientos acerca del dinero. Bajo el antiguo pacto, Dios le dijo a la gente que eran malditos porque se guardaban sus

diezmos, pero prometió bendición si ellos eran obedientes y daban sus diezmos y ofrendas (ver Malaquías 3:8-12).

Muchas de las bendiciones que Dios nos prometió en la Biblia son dadas por la obediencia a Él. Por lo tanto, antes de que creamos que Dios va a hacer algo por nosotros, debemos preguntarnos a nosotros mismos: “¿Estoy reuniendo todas las condiciones que acompañan a esta promesa?”

Un Tercer Error Común

En el Nuevo Testamento, Jesús habló acerca de una condición que se aplica cada vez que oramos para pedir algo:

“Tened fe en Dios. De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: quítate y arrójate al mar”, y no duda en su corazón, sino que cree que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que *todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis y os vendrá*” (Marcos 11:22-24, énfasis agregado).

La condición de la que Jesús habló es creer que hemos recibido cuando oramos por algo. Muchos cristianos tratan de ejercitar la fe al creer que ya recibieron cuando ellos ven la respuesta a su oración. Ellos creen que ellos *van a recibir* y no que *ya recibieron*.

Cuando le pedimos a Dios algo que nos ha prometido, debemos creer que recibimos la respuesta *cuando oramos* y debemos empezar a agradecerle a Dios por la respuesta en ese momento. Debemos creer que tenemos la respuesta *antes* de que la veamos y no *después* de que la veamos. Deberíamos, además, hacer nuestras peticiones con acción de gracias, como Pablo escribió:

“Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Filipenses 4:6).

Como lo dije previamente, si tenemos fe en nuestros corazones, naturalmente nuestras palabras y nuestras acciones corresponderán con lo que creemos. Jesús dijo, “Porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34).

Algunos cristianos cometen el error de pedir repetidamente la misma cosa, lo cual revela que aún no han creído que lo hayan recibido. Si creemos que hemos recibido respuesta cuando oramos, entonces no hay necesidad de repetir la misma petición. El pedir repetidamente las mismas cosas es dudar de que Dios nos escucha desde la primera vez que pedimos.

¿Pidió Jesús lo Mismo Más de Una Vez?

Por supuesto que Jesús hizo la misma petición tres veces cuando estaba orando en Getsemaní (ver Mateo 26:39-44). Pero debemos recordar que Él no estaba orando en fe de acuerdo con la voluntad de Dios revelada. De hecho, cuando Él oró tres veces para no ir a la cruz, Él sabía que su petición era contraria a la voluntad de Dios. Por esto se sometió a la voluntad del Padre tres veces en la misma oración.

Esta misma oración de Jesús se usa con frecuencia erróneamente como un modelo de oración, pues algunos enseñan que nosotros siempre tenemos que finalizar con las palabras “Si es tu voluntad” o “que nunca se haga mi voluntad sino la tuya”, siguiendo el ejemplo de Jesús.

De nuevo, tenemos que recordar que Jesús estaba haciendo una petición que sabía que no era la voluntad de Dios. El seguir su ejemplo cuando estamos orando de acuerdo a la voluntad de Dios sería un error y demostraríamos nuestra falta de fe. Por ejemplo, al orar, “Señor te confieso mi pecado y te pido que me perdones si es tu voluntad”, implicaría que puede que la voluntad de Dios no sea perdonar nuestro pecado. Por supuesto que sabemos que la Biblia promete que Dios perdona nuestros pecados cuando los confesamos (ver 1 Juan 1:9). Por esto, tal oración revelaría nuestra falta de fe en la voluntad revelada de Dios.

Jesús no terminó cada oración con las palabras “nunca se haga mi voluntad sino la tuya”. Sólo hay un ejemplo en el cual Él oró de esa forma, y fue cuando estaba sometándose a la voluntad de su Padre, sabiendo lo que iba a sufrir debido a eso.

Por otro lado, si no conocemos la voluntad de Dios en determinada situación, debido a que Dios no lo ha revelado, entonces es apropiado terminar nuestra oración con las palabras “si es tu voluntad”. Santiago escribió,

“¡Vamos ahora!, los que decís:” Hoy y mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año, negociaremos y ganaremos”, cuando no sabéis lo que será mañana. Pues ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello”. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala” (Santiago 4:13-16).

¿Qué debemos hacer cuando hemos expuesto nuestra petición a Dios basados en una promesa divina y sabemos que reunimos todas las condiciones para esa promesa? Agradeceremos continuamente a Dios por la respuesta en la que hemos creído, hasta que ésta realmente ocurra. Es a través de la fe y con paciencia que heredaremos las promesas de Dios (Hebreos 6:12). Satanás con seguridad tratará de atacarnos enviando dudas, y debemos saber que nuestra mente es el campo de batalla. Cuando los pensamientos de duda atacan nuestra mente, simplemente tenemos que reemplazar esos pensamientos por pensamientos acerca de las promesas de Dios y hablar la Palabra de Dios con fe. Si lo hacemos, Satanás se alejará (ver Santiago 4:7; 1 Pedro 5:8-9).

Un Ejemplo de Fe en Acción

Uno de los clásicos ejemplos bíblicos de fe en acción es la historia de Pedro caminando sobre el agua. Leamos su historia y veamos qué podemos aprender de ella.

“En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de Él a la otra ribera, entre tanto que Él despedía a la multitud. Después de despedir a la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí sólo. Ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario. Pero a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos

andando sobre el mar. Los discípulos, viéndolo andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡un fantasma! Y gritaron de miedo. Pero enseguida Jesús les habló diciendo: ¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis. Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y Él dijo: ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? En cuanto ellos subieron a la barca, se calmó el viento. Entonces los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo: Verdaderamente eres hijo de Dios” (Mateo 14:22-33).

Es interesante que los discípulos de Jesús habían estado, tiempo antes, en otra violenta tormenta en una barca en el mar de Galilea (ver Mateo 8:23-27). Durante ese incidente, Jesús estaba con ellos y, después de que Él calmó la tempestad, exhortó a sus discípulos por su falta de fe. Antes de que se embarcaran en su viaje, Jesús les había dicho que era su voluntad que fueran al otro lado del lago (ver Marcos 4:35). Sin embargo, cuando la tormenta se levantó, ellos se preocuparon tanto por las circunstancias hasta el punto de pensar que iban a morir. Cuando menos, Jesús esperaba que no tuvieran miedo.

Sin embargo, en esta ocasión Jesús los envió solos a través del mar de Galilea. Con seguridad, Él fue dirigido por el Espíritu para hacer eso. Además, Dios sabía que un viento contrario se levantaría esa noche. De este modo, Él les permitió enfrentar un pequeño reto a su fe. Debido a esos vientos contrarios, lo que normalmente hubiera tomado sólo unas cuantas horas, les tomó toda la noche. Podemos darles crédito a los discípulos por su fortaleza, pero nos podemos preguntar si alguno de ellos intentó tener fe para que el viento se calmara, algo que ellos habían visto a Jesús hacer unos días atrás. Curiosamente, el evangelio de Marcos reporta que cuando Jesús vino a ellos caminando sobre las aguas, “quería adelantárseles” (Marcos 6:48). Él quería que ellos enfrentaran los problemas por sí solos, mientras caminaba milagrosamente por las aguas. Esto parece indicar que ellos no estaban orando o buscando a Dios. Me pregunto cuántas veces el gran hacedor de milagros camina al lado nuestro, en tanto que nosotros nos fatigamos con los remos de la vida en contra de los vientos de nuestras adversidades.

Principios de Fe

Jesús respondió al reto de Pedro con una sola palabra: “ven”. Si Pedro hubiera intentado caminar sobre el agua antes de esa palabra, se hubiera hundido inmediatamente, pues no hubiera tenido ninguna promesa sobre la cual basar su fe. Él hubiera salido del bote presumiendo y no caminando por fe. De la misma manera, después de que Jesús habló su palabra, si alguno de los otros discípulos hubiera tratado de caminar sobre las aguas, se hubiera hundido inmediatamente, pues Jesús le dio esta promesa sólo a Pedro. Ninguno de ellos podría haber cumplido con las condiciones de esta promesa, pues ninguno de ellos era Pedro. Del mismo modo, antes de que alguno de nosotros intente confiar en una promesa de Dios, debemos estar seguros de que esa promesa aplica a nuestra vida y de que cumplimos con las condiciones de esa promesa.

Pedro caminó sobre el agua. Éste fue el momento cuando él tuvo confianza, aunque no hay duda de que aquel que había estado gritando por temor al fantasma unos segundos antes, también experimentó incertidumbre cuando tomó su primer paso. Pero para recibir el milagro, tenía que actuar con fe. Si se hubiera agarrado del mástil del bote y hubiera sumergido el dedo del pie para ver si el agua soportaría su peso, nunca hubiera experimentado el milagro. Asimismo, antes de que recibamos cualquier milagro, debemos confiar en la promesa de Dios en determinado tiempo y luego actuar en lo que creemos. Siempre hay un tiempo en que nuestra fe es probada. A veces el tiempo es corto y a veces es largo. Pero también habrá un tiempo cuando tengamos que dejar atrás lo que nos dicen nuestros sentidos y actuar sobre la palabra de Dios.

Pedro progresó bien al principio. Pero cuando consideró la imposibilidad de lo que estaba haciendo, viendo el viento y las olas, tuvo miedo. Tal vez dejó de caminar, temeroso de dar otro paso. Y él, que estaba experimentando un milagro empezó a hundirse. Debemos continuar en fe una vez que hemos comenzado, obrando en fe. Debemos seguir adelante.

Pedro falló porque dudó. A la gente con frecuencia no le gusta culparse por su falta de fe. Más bien preferirían culpar a Dios. Pero ¿cómo cree que Jesús hubiera reaccionado si Pedro, cuando estaba a salvo en el bote de nuevo, hubiera dicho a los otros discípulos que era la voluntad de Dios que él diera sólo unos pasos hacia Jesús?

Pedro falló porque tuvo miedo y perdió su fe. Estos son hechos verdaderos. Jesús no lo condenó, sino que inmediatamente le tendió la mano para que se sujetara de algo y luego le cuestionó sobre el por qué había dudado. Pedro no tenía ninguna buena razón para dudar, porque la palabra del Hijo de Dios es más segura que cualquier cosa. *Ninguno de nosotros tiene una buena razón para dudar de la Palabra de Dios, preocuparse o tener miedo.*

La Escritura está llena de victorias que fueron resultado de la fe y fracasos que fueron resultado de la duda. Josué y Caleb poseyeron la tierra prometida debido a su fe, en tanto que la mayoría de sus compañeros murieron en el desierto, debido a sus dudas (ver Números 14:26-30). Cuando los discípulos de Jesús predicaban el evangelio de dos en dos, experimentaron milagros, pues todas sus necesidades fueron cubiertas (ver Lucas 22:35), pero en una oportunidad, por su incredulidad, fallaron en sacar a un demonio (ver Mateo 17:19-20). Muchos recibieron milagros de sanidad durante el ministerio de Jesús, mientras que la mayoría de los enfermos en Nazaret siguieron cargando con su enfermedad porque no creyeron (ver Marcos 6:5-6).

Como todos ellos, yo también he experimentado el éxito y el fracaso de acuerdo a mi fe y a mis dudas. Pero no me afligiré por mis fracasos, ni culparé a Dios por ello. No voy a justificarme a mi mismo condenando a Dios. No voy a buscar una difícil explicación teológica que reinvente la verdadera voluntad de Dios. Sé que es imposible que Dios mienta. Así que cuando he fallado, me arrepiento por no haber creído y empiezo a caminar sobre las aguas otra vez. He notado que Jesús siempre me perdona y me rescata para no hundirme.

El veredicto está dado: ¡Los creyentes son bendecidos; los que dudan no! El ministro que hace discípulos seguirá el ejemplo de Jesús. Él está lleno de fe y amonesta a sus discípulos diciéndoles, “Tened fe en Dios” (Marcos 11:22).